ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EPÍLOGOS DEL MES

¿Qué es lo que urge enseñar?

De refilón he visto en una librería el título de un libro. Un libro voluminoso, terrible, probablemente caro. En sus páginas se debe contestar á la pregunta que le encabeza y que no es otra que la siguiente: *¿Qué debemos hacer por el pueblo?*

Yo no sé lo que contestará el abate que ha escrito esas páginas, pero veo que se ha interesado por la inmensa mayoría, como nos interesamos todos. Sí; de un tiempo á esta parte se desciende hacia los últimos y los humildes con los mejores propósitos, pero no siempre con los mejores medios. Se ha despertado entre nosotros una fiebre y un ansia de cultura que queremos llevarla á todo trance á los más ignorantes, como si la felicidad de ellos y el cumplimiento de nuestro deber consistiera en la difusión del saber positivista que se enseña en los centros oficiales. Y el caso es que, hoy como ayer, como en los días de Planer, la diversidad de credos y de contradictorias doctrinas no produce más que el cansancio y el escepticismo; porque todas esas enseñanzas que se llaman positivas, y que á título de útiles se suministran á las gentes, no satisfacen positivamente la gran necesidad de cada uno. Se sabe siempre demasiado para la vida, pero demasiado poco para la paz que perseguimos. La ciencia del ingeniero, del químico, del arquitecto, del médico y del

abogado, por segura y firme que sea para cada uno, es inútil para todos en lo más íntimo de su vida. Una contrariedad da al traste con toda la ciencia de esos hombres, y ante el dolor y el disgusto se nivelan con los menos inteligentes y peor acomodados. Es más: aunque un hombre supiere todo, no sería por eso menos desgraciado bajo el peso de un dolor ó una desgracia.

Lo más urgente para todos y cada uno de los hombres no es lo que necesitan los hombres únicamente, sino lo que necesitan también en todos los momentos de la vida las mismas mujeres, los niños, todas las criaturas y todos los séres: la salud, la salvación, la gran seguridad.

Si los hombres fuesen los únicos que necesitasen algo, las mujeres, los niños, las demás criaturas, el mundo entero, satisfarían la necesidad que sintieran. Lo que necesitan unos pocos, sean éstos ó aquéllos, siempre puede satisfacerse por alguien y siempre se satisface. Lo más necesario es lo que siente el mayor número, es la necesidad de un todo, lo que no puede satisfacerse dentro de los necesitados de una tierra, lo que, sin embargo, se satisfará, si todos se proponen satisfacer.

Lo más necesario no es saber, sino saberse; poseernos por entero, adquirir una firme y completa seguridad de nosotros, una conciencia tranquila y una clara noción de nuestra existencia. Si no hemos hecho mal, podemos atravesar sin miedo por las sombras. ¿Á quién puede interesar nuestra muerte? Y si morimos ¿no estamos preparados para ello por ventura?

Nuestro saber no vale tanto como nuestro bien. Y he aquí que este bien es lo que debemos derramar sobre los hombres y sobre todas las cosas; porque también es el don que más universalmente puede distribuirse.

Da pena ver esas peregrinaciones que se hacen por los intelectuales de todos los países hacia los ignorantes y los últimos, cómo se dirigen hacia ellos sin acortar la verdadera distancia que les separa. ¿De qué les servirá á los miserables un curso de economía, si les falta la riqueza sobre que han de aplicarla? El fracaso de la enseñanza popular entre algunas sociedades italianas de cultura, se debe exclusivamente á eso. Se ha hablado sólo á unos cuantos. Se ha remediado á unos pocos y los necesitados son todos, absolutamente todos. Hay que trabajar para el mayor número. He aquí que un hombre se levanta entre la multitud y les dirige la palabra. Al principio todo el mundo le

atiende, después se distraen las mujeres, se alejan los niños, y finalmente, sólo quedan cerca del orador los que pueden oir una conversación, pero que no necesitan un discurso. Un tema más general hubiera retenido á todo el público. El único asunto, el más necesario, hubiera sido escuchado por todos, y el único asunto es la enseñanza del bien, una predicación moral.

La obra del Volksverein. La desviación de este objeto hará fracasar seguramente en plazo muy corto á la acción católica, organizada en Alemania bajo el título de *Volksverein*—la unión popular—. En vez de llevar á los heridos y á los derrotados en la lucha humana, en la lucha social, una palabra de consuelo, un confortante para la agitación que padecen, se les lleva sin querer un estimulante demasiado poderoso, y es como si se lavasen las heridas de un paciente con vinagre saturado de sal.

Es la paz, nada más que la paz la que se debe llevar á todos los hombres, y sólo puede cimentarse la dicha en cada uno creándole su propio valor y su propia confianza.

La verdadera eficacia de toda oración está no tanto en las palabras que se emplean para recitarla, como en la obligada tranquilidad que se exige para hacerla. Se sale puro, más fuerte, más seguro después del rezo, porque se ha colocado el espíritu en la pendiente de una reflexión más tranquila. Si la reflexión no fuera una oración consciente y elevada, el valor de toda reflexión sería nulo. Es por eso por lo que se exige también una ortología especial para el rezo, para promover una reflexión más profunda.

La enseñanza que debemos suministrar á los demás, como más apremiante y necesaria, es disponer el espíritu de las gentes para la reflexión de las cosas; llevadlos á la tranquilidad y al sosiego, por donde hallarán el bien y la suprema Verdad. Porque es el bien y la Verdad lo que esperan conquistar los hombres sobre la tierra.

ARIMÍ

LOS PELASGOS

(CONCLUSIÓN)

PARA demostrar cumplidamente que los pelasgos, como raza histórica, precedieron á los helenos, nos falta explicar de qué manera se verificaron aquellas emigraciones que trajeron á Grecia la ciencia y cultura oriental y fueron la sólida base de su futura grandeza; entre todas las opiniones, la que presenta más visos de verosimilitud es la que sostiene ser la conquista del príncipe *mesopotámico Saronkin (Sargon I)*, la causa primordial de dos corrientes de emigración: la una que produce la invasión *cananea* que, extendiéndose hacia el S., constituye más tarde la dominación de los *Hycsos* en Egipto; y la segunda que marca una dirección occidental marítimo-terrestre que determina la población de Grecia é Italia. Los Pelasgos, acosados por fuerzas superiores y encontrándose frente al Mediterráneo, atravesaron los estrechos de la *Propontide, Hellesponto* y *Bósforo tracio* y penetran en Europa, siendo *Macedonia, Calcidica* y la *Pieria* las primeras regiones ocupadas por los hetheos; siguiendo su marcha entre el *Tino* y el curso del *Ister*, forman la federación de los *Moesi (Mysi) Dárdonos* y *Peonios*, cepa y trono principal de la gran nación de los *Tracio-Hetheo-Pelasgos*, que aparecen en el poema homérico como auxiliares de *Ilion* y fieles aliados del rey *Priaino*. En *Macedonia, Macetia*, llamada en el libro de los Macabeos *Ma-Kethin*, ó sea país de los *Kettas*, como también en la península calcídica, vivieron unos hombres de elevada estatura cuyo lenguaje rudo y tosco no era comprendido por los contemporáneos de *Peniles*, y que el mismo *Tucídides* llama pelasgos autóctonos, glorioso residuo de los aborígenes de Grecia.

En *Tesalia* se encontraban los *minios*, que eran una rama de los pelasgos que un tiempo habitaron la Armenia con el nombre de *Minii* ó *Manna*; en *Epiro* existía el famoso templo de *Dodona*, sede del *Júpiter dodoneo* invocado por *Aquiles*; Beocia se hallaba ocupada por varias tribus pelasgas, entre las que descuellan por su importancia los *beocios* y *cadmeos*; los *Achaios* fueron invadidos por los *Acheos*, extirpe pelasga de mucho renombre, y por último, el Atica cuenta entre sus héroes *epónimos* á *Tesco*, de origen pelasgo; sus divinidades *Vulcano* y *Neptuno* son he-

theas y *Athena* Ἀθηνᾶ, la diosa protectora de la ciudad sagrada, la célebre *Minerva* γλαυκῶπις es la *Astocté* hittita que cruzó los mares para llevar á Grecia un soplo de su infinita sabiduría.

Es necesario, por lo tanto, deslindar los campos, y á través de la fábula, vislumbrando con espíritu crítico el valor de la leyenda y el verdadero alcance de la tradición, ver las evoluciones de la raza pelasga y sus gloriosos hechos en la guerra de Troya, en la expedición de los Argonautas, como también en los pacíficos reinados del prudente *Nimos* y del sagaz Ulises; al mismo tiempo en Asia menor gobernaba *Frigia*, el rey *Gadios*, el del célebre nudo que desató Alejandro; en *Lidia* dominan los *Atzades* y los *Heráclidos*, y en el *Sypilo* surge la ciudad más antigua de los pelasgos, la sede de *Tántalo*, el anfitrión de los dioses.

Nos queda un problema por solucionor: ¿ese pueblo tan inteligente, tenaz y laborioso, desapareció del suelo encantador del *Archipiélago* por consunción y decadencia? ¿fué acaso víctima de continuos ataques que hicieron sucumbiera, desvaneciéndose su nombre en el más incomprensible olvido? Por el contrario, ¿se fundó ya decrépito con otras razas que le prestaron nueva savia y acabó por ser absorbido, obscureciéndose su historia? Esto nos lleva como de la mano á tratar de la aparición de los *helenos*, raza que los historiadores modernos, después de *Curtuis*, han reconocido ser de origen *ario*, ya viniera al continente en la época de las conocidas emigraciones procedentes de la meseta del Pamir y señaladas gráficamente en la elipse de *Pictet*, ó según la opinión más autorizada de otros, estuviera representada por varias tribus que acompañaron á la segunda expansión pelasga; no hemos de discutir cómo y de qué manera vinieron; lo que sí puede afirmarse sin ningún género de duda, es que en tiempo de Herodoto se decía que la lengua, costumbres, hábitos y modo de ser de los pelasgos, nada tenía que ver con la estructura física y moral de la nueva raza helena; y tan cierto es que los colonos del Atica pelasgos tuvieron que abandonar su lengua para adoptar la de los helenos, que poco á poco fué imponiéndose en todo el país, y si ésto no fuera suficiente bastaría fijar la atención en los monumentos, artes, industrias de uno y otro pueblo, para deducir clara y terminantemente el abismo que separa ambas civilizaciones; en una palabra, el pelasgo es un hetheo trasplantado, un Kamita hermano de los Hieros de Egipto y de los *Chetas* ó *Ketas* de Siria y Asia menor, y el heleno, en cambio, es un jufetida que fija su residencia en la *Ellade* y que, con los nombres de *jonios*, *eolios*, y *dorios*, puebla el continente y las islas.

El heleno trajo al espíritu griego la imaginación, el espíritu fino, sutil y delicado que debía sustituir á la aspereza y ruda energía de sus antecesores; el pelasgo representa la grandeza de líneas, el poder, el dominio, la soberanía; en él todo es im-

ponente, sus notas son el nervio, la fuerza y una cierta solemnidad y fausto oriental que heredara de su madre Asia; estas cualidades se funden, estos caracteres heterogéneos se compenetran y nace el griego de las guerras, médicos, el ateniense de *Solón* y el espartano de *Licurgo*.

En todo el curso de la Historia se ve el predominio de uno de estos dos elementos; *Leonidas*, luchando en las *Termópilas* hasta morir, nos recuerda al *acheo*, es al fin y al cabo un pelasgo de *Laconia*, descendiente de los primeros legos. *Perciles*, el ateniense, es un heleno con todos los refinamientos de su raza, y Alcibiades es el jonio voluptuoso, intrigante y versátil, que en nada puede compararse á *Epominondas*, el rudo *beocio*, de genio guerrero y noble corazón, tipo acabado del genuíno y puro pelasgo.

Para terminar: estas dos razas, unidas en artístico himeneo, dieron al mundo valiosas joyas de poesía, ciencia y arte, y labraron para sí una historia maravillosa que servirá de perenne ejemplo á las generaciones venideras.

Antonio BALLESTEROS

LA LEY NATURAL

DIÁLOGO ENTRE OCTAVIO Y SALESIO

(Conclusión).

Concretémonos, pues, á la mónada cuando se halla ya en la etapa humana, y veamos de qué modo se libra de su ignorancia.

Como he dicho, la Mónada habita diversos cuerpos pertenecientes á distintas razas humanas, y en cada uno de ellos adquiere experiencias que conserva y aporta consigo al pasar de uno á otro cuerpo. Así como el niño que va á la escuela conserva la memoria de las lecciones que aprendió los días anteriores y las añade á la lección que aprende aquel día, con lo cual cada vez que va á la escuela sale de ella un poco más sabio que el día anterior, del mismo modo la mónada, cada vez que reencarna, ó sea cada vez que va á la escuela, aprende algo, y sumándolo á lo que ya sabía, por haberlo aprendido en precedentes reencarnaciones, sale de la vida física ó cuerpo físico un poco más sabia de lo que era antes.

He aquí, Salesio, expuesto por modo breve, claro y sencillo

el medio por el cual la Mónada adquiere el conocimiento, y de esta suerte se libra gradualmente de la ignorancia. Además la reencarnación nos da la clave de las diferencias así morales como intelectuales que vemos entre los hombres. Nadie extrañará que un niño de ocho años, que quizá no habrá frecuentado la escuela más que un centenar de veces, no sepa tanto como un joven de veinte que la ha frecuentado millares de veces. Las diferencias intelectuales y morales que observamos entre los hombres sólo tienen por origen esta mayor ó menor frecuentación de la escuela, así como es también un factor importante la aplicación por parte del discípulo. Cuando la Mónada alcanza la etapa humana obtiene el libre albedrío, y entonces de esta libertad que la Ley le concede puede hacer el uso que bien le plazca. Puede aplicarse con ahínco al estudio, ó puede, en uso de su libertad, desperdiciar el tiempo en cosas inútiles y hasta perjudiciales á su progreso. Así, pues, todo el secreto de las diferencias que existen entre los hombres tienen por origen el mayor ó menor número de reencarnaciones por las cuales ha pasado la mónada, y el mayor ó menor progreso que en cada una de ellas ha realizado.

El hombre sufre las consecuencias de sus actos pecaminosos por medio de reencarnaciones más ó menos penosas, por medio de sufrimientos más ó menos intensos. Aquí, en la tierra, es en donde está localizado el infierno de que se nos habla. Aquí, en la tierra, en donde pecamos, es en donde recibimos el castigo de nuestras transgresiones. No hay otro infierno ni un infierno peor que la tierra. ¿Ves, Salesio, aquellos mendigos llenos de úlceras, cuyos cuerpos despiden nauseabundos hedores? ¿ves aquellos hombres y mujeres que á manera de animales inmundos se arrastran por el suelo, y cuyos mutilados cuerpos inspiran á la vez compasión y repugnancia? ¿ves aquellos ciegos de nacimiento y aquellos séres cuyos cuerpos raquíticos y contrahechos son para ellos, desde la cuna al sepulcro, un manantial perenne de miserias y sufrimientos? Pues bien; todos estos séres son los seudo-potentados, los seudo-poderosos de ayer; son aquéllos que en vidas anteriores pecaron gravemente contra la Ley. ¿No sería acaso una monstruosidad inconcebible y una terrible injusticia que estos séres viniesen al mundo en tan malas y desgraciadas condiciones sin un motivo justificado para ello? Si en la vida del hombre no existe un pasado—y por lo tanto, si existe un pasado

ha de haber un porvenir—¿á qué causas debemos atribuir que estos séres vengan al mundo en tan tristes y terribles condiciones? ¿Por qué no contestan los *sabios?* No, los *sabios* no contan; prefieren guardar un *prudente y significativo silencio*. Aquí no hay otro dilema: ó en la Naturaleza no existe orden, ni concierto, ni ley, ni justicia, ni equidad, ó la situación de estos séres debe tener un motivo justificado. Ya hemos visto que todo el mundo conviene en que existen leyes, y si hay leyes nada puede ser debido á la casualidad, que es como si dijéramos que nada puede ser debido al absurdo ó al milagro, que es lo mismo.

La situación de estos séres es, pues, debida á causas anteriores á su nacimiento actual, y allí donde pecaron allí sufren el castigo de sus culpas y crímenes. Sin embargo, siendo relativa la falta ó crimen cometido, la expiación ha de ser también forzosamente relativa, por cuyo motivo considero monstruosa la idea de un infierno eterno, inventado por cerebros enfermizos y por corazones empedernidos. ¡Ay de aquéllos, si lo que es absolutamente imposible, fuese verdad que existe el infierno eterno que en su orgullo y locura han inventado, pues es muy probable que ellos serían los primeros que irían á parar allí! Pero afortunadamente no hay temor de que les suceda tan terrible desgracia. La Ley es más justa, y por lo tanto, más benéfica que lo es el hombre en sus desvaríos é ignorancia.

La reencarnación es, pues, el medio por el cual el hombre sufre las consecuencias de sus malas acciones anteriores, así como es también la escuela en donde la mónada, que es el hombre verdadero, aprende las lecciones que deben librarla de su ignorancia.

La reencarnación es una ley fundamental de la Naturaleza, y como tal, todas las diatribas, sarcasmos y negaciones de los hombres no podrán destruirla. La creencia en la reencarnación era antiguamente patrimonio común de la humanidad, y actualmente lo es aún de un gran número de pueblos del Oriente. Sólo en los países occidentales se ha olvidado una creencia que en épocas pasadas constituía la base y fundamento de todas las enseñanzas filosóficas. En las escrituras orientales se habla de la reencarnación como de la cosa más natural y corriente del mundo, y hasta en las escrituras occidentales podemos hallar huellas y aun evidencias palpables de ella, bastando para ello que tengamos la perspicacia y el cuidado suficiente para saber apartar

el velo que sobre esta creencia han echado hombres nada escrupulosos y poco amantes de su propio progreso y del de la humanidad.

Al hablar de épocas pasadas y de la antigüedad no me refiero á los tiempos que la llamada historia considera como períodos remotos, pues para nuestra pobre historia un período de tres ó cuatro mil años es un período remoto que se pierde en la noche de los tiempos, según dice ella. El mundo en que vivimos cuenta centenares de millones de años de existencia y hace decenas de millones de años que el hombre lo habita.

Al hablar, pues, de la antigüedad y de épocas pasadas, me refiero á centenares de miles de años atrás, y en estos antiguos tiempos existieron espléndidas civilizaciones y humanidades que creían, mas aún, que *sabían* que la reencarnación es una ley fundamental de la Naturaleza. He dicho que no sólo creían, sino que *sabían* que la reencarnación es un hecho, y esto necesita una explicación. En primer lugar, no todos sabían que la reencarnación es un hecho; la mayoría sólo lo creía como una cosa lógica y natural, puesto que sólo la reencarnación puede dar solución á un gran número de enigmas y problemas que de otro modo es imposible resolver. Los que *sabían* que la reencarnación es un hecho, eran los menos. Eran los individuos más espiritualmente avanzados de la raza, del mismo modo que actualmente también existen individuos de nuestra raza que lo *saben*. El hombre espiritualmente avanzado posee poderes y facultades que no poseemos los que todavía no nos hemos elevado al nivel desde el cual se puede percibir lo supra-físico, y por medio de estos poderes y facultades puede ver, cerciorarse y constatar hechos que el hombre ordinario sólo puede aceptar como una hipótesis lógica y razonable. Creo que lo que voy diciendo nada tiene de particular ni de extraordinario, desde el momento que á cada paso vemos hombres cuyo talento y poderes perceptivos les permiten abarcar conocimientos que la mayoría de sus conciudadanos son incapaces de asimilarse. Esto es debido simplemente á que los primeros están más intelectualmente desarrollados que los últimos, del mismo modo que los que pueden percibir lo supra-físico están más espiritualmente desarrollados que aquéllos á quienes no les es posible hacer otro tanto.

El hombre posee en germen una suma de poderes y facultades con las cuales jamás ha soñado. Todo lo que puede aprender

la Mónada en su largo viaje á través de todas las formas y cuerpos de que se reviste durante una manifestación del Absoluto, lo posee en germen, pero sólo puede desarrollarlo por medio de constantes y repetidos esfuerzos. ¿Quién de nosotros, si no lo supiéramos por experiencia propia, podría imaginar jamás que en la diminuta bellota está contenido el soberbio y magnífico árbol que presta sombra á un centenar de personas? Pues bien; la Mónada que está encerrada en el hombre de barro no sólo contiene, como la bellota, todas las potencialidades para convertirse en un árbol gigantesco, sino que contiene mucho más. La bellota sólo puede convertirse en un gran árbol de una mayor ó menor hermosura, y de aquí no puede pasar; en tanto que la mónada posee en germen posibilidades ilimitadas, puesto que debe progresar eternamente.

Como he dicho, la mónada posee en germen todo lo que puede aprender durante una manifestación del Absoluto; pero lo que aprendió en anteriores manifestaciones no lo posee en germen, sino en propiedad, de hecho y por derecho de conquista, legitimamente adquirido por medio de esfuerzos anteriores; de aquí que cuando principia una manifestación las Mónadas surgen del Absoluto llevando consigo una suma mayor ó menor de poderes y facultades adquiridas por medio de sus esfuerzos en manifestaciones anteriores. A cada nueva manifestación surgen Mónadas del Absoluto que, á manera de la bellota, sólo poseen poderes potenciales ó en germen. Siendo ésta la primera vez que estas Mónadas entran en escena, esto es, siendo ésta la primera manifestación de la cual forman parte, no pueden aportar consigo ningún mérito adquirido anteriormente. Por el contrario, las Mónadas que han adquirido experiencias y conocimientos en anteriores manifestaciones los aportan consigo, y esto constituye las diferencias que distinguen á unos séres de otros, y esto es una prueba evidente de que la Mónada no pierde su individualidad al sumergirse en el Absoluto cuando termina una manifestación ó período de actividad. Esto podrá, quizá, parecer fabuloso á ciertos espíritus *fuertes*, pero yo entiendo, por el contrario, que me he quedado corto; entiendo que el porvenir de la humanidad es de una magnificencia tal, que ningún hombre puede ni siquiera soñarlo.

Existen personas bondadosas, pero de carácter pesimista, que desconfían y desesperan de que la humanidad llegue un día á

entenderse y á vivir como deben hacerlo séres que, como el hombre, están dotados de razón. Es tal el desconcierto y las injusticias que estas personas observan en el modo de ser de las sociedades modernas, que consideran á la humanidad irremisiblemente condenada á vivir en una perpetua lucha y á no salir jamás del férreo círculo de odios y rencores en que la crueldad y el egoísmo la ha encerrado. Lejos, muy lejos estoy yo de participar del pesimismo de estas bien intencionadas personas. Por el contrario, creyendo firmemente en la Ley inmutable del progreso, y creyendo firmemente que la voluntad de Dios—que es el Representante y la Expresión de la Ley, la cual es á su vez un aspecto del Absoluto—es infinitamente más fuerte y poderosa que la voluntad del hombre, cuando llegue el momento en que la humanidad deba dar un paso hacia el camino del progreso, este paso se dará á pesar de todo cuanto hagan los hombres egoístas y crueles para impedirlo. De que este paso se dará no me cabe la menor duda, si bien no sé cuándo y cómo. Con todo, se me figura que los tiempos se acercan, y quizá antes de un siglo la humanidad habrá dado un paso hacia el camino del progreso que formará época en su historia.

Salesio. Ya que nada puede ser debido á la casualidad y todo lo que nos sucede está regulado por la Ley ó Karma, ¿quién ó quiénes son los encargados de ejecutar sus decretos establecidos de toda eternidad? ¿Quién es el que castiga? ¿Es Dios quien castiga?

Octavio. La Ley no tiene necesidad de comisionar ejecutores directos para que se cumplan sus decretos como lo hacen los hombres. Sin embargo, todos somos instrumentos inconscientes de Karma, ya sea para realizar el bien, ya para realizar el mal; pero Karma no comisiona expresamente á nadie. El hombre obra con la relativa libertad que Karma le concede, y dentro de los límites de esta libertad relativa puede obrar bien ó mal, ya sea con respecto á sí mismo ó con respecto á sus semejantes. Si en uso de nuestra libertad deseamos hacer un bien ó un mal á otra persona, esta persona recibirá el beneficio del bien que le hacemos ó sufrirá las consecuencias del mal que le inferimos si Karma lo permite, esto es, si es justo que dicha persona reciba este bien ó mal. Esto nos da la clave del por qué con tanta frecuencia quedan frustados los planes de venganza mejor combinados que en su ceguera concibe el hombre, así como también

nos da la clave del por qué á veces no podemos apartar la copa del dolor de los labios de aquellas personas que nos son más queridas, y el por qué no podemos aliviar el cúmulo de miserias y sufrimientos que vemos en torno nuestro. El mérito ó demérito de nuestros pensamientos y actos es exactamente el mismo, ya sea que consigamos ó no realizar lo que proyectamos y con ansia deseamos; pero cuando nuestros deseos, ya sean para labrar el bien ó el mal, no están conformes con la justicia y la equidad, entonces Karma se interpone y no podemos realizar nuestros designios. Esto, Salesio, te parecerá quizá algún tanto enigmático, pero ten en cuenta que el hombre, tal como es ahora, es todavía un sér muy rudimentario para poder comprender y concebir el modo de obrar de Karma. ¡Son tantas, Salesio, las cosas que no podemos comprender debido á que no hemos evolucionado bastante!

Salesio. ¿Qué le sucede á la Mónada humana cuando abandona una envoltura ó cuerpo, ó sea cuando pasa por el tránsito que llamamos la muerte? ¿Cuál es el destino de la Mónada durante el período que media entre dos reencarnaciones? ¿Podrías decirme algo acerca de la duración de este período?

Octavio. Al abandonar la Mónada humana una de las muchas envolturas de que se reviste durante su peregrinación á través de los diversos mundos que habita, se sume en un sueño más ó menos tranquilo y apacible, según sea el grado de desarrollo que ha alcanzado; pues has de tener en cuenta, Salesio, que, aun cuando he dicho anteriormente que el único infierno que existe es la tierra, esto, no obstante, el hombre cruel y egoísta está muy lejos de disfrutar, cuando pasa por los umbrales de lo que llamamos muerte, de la misma paz y sosiego de que disfruta el hombre bueno y desinteresado, pues por el contrario, al abandonar el cuerpo se halla en un estado caótico, y aun en casos de séres muy perversos y depravados sufren verdaderas angustias. La frase tan corriente de que la muerte todo lo iguala entraña tanta ilusión como injusticia. No existe poder alguno capaz de conseguir que en ningún momento sea igual la situación de un hombre que ha labrado el mal á la del hombre que ha labrado el bien. El hombre después de la muerte continúa siendo lo que era antes de morir, del mismo modo que cuando nos levantamos por la mañana de la cama continuamos siendo lo que éramos la noche anterior. La muerte ó abandono del cuerpo físico, sólo

da por resultado que la Mónada cambia de estado ó plano, pero nada más. Así, pues, el hombre se sume después de la muerte en un sueño más ó menos apacible y de una mayor ó menor duración, para despertar después en el plano ó mundo de materia que se halla contiguo y compenetra á la tierra, al cual se da el nombre de plano ó mundo astral, pues no siendo la materia de que está compuesto este plano materia física, se le debe aplicar uno ú otro nombre para hacer resaltar esta circunstancia. Nuestra vista física no puede percibir este plano ó mundo, pero no por ello es menos real y objetivo. Nada tiene de extraño que no podamos percibir este mundo cuya materia es mucho más sutil que la física, por cuanto ni aun esta última nos es dable percibir con nuestra torpe vista. Efectivamente, la misma materia física, cuando por medio de cualquier procedimiento la disgregamos en partículas suficientemente diminutas, nuestra miope vista no alcanza á percibirla. El aire mismo, que derriba los árboles y azota nuestras mejillas, y que es tan físico como nuestros mismos cuerpos, no conseguimos percibirlo, y si no lo sintiéramos por medio de los sentidos auditivos y del tacto, probablemente negaríamos su existencia, como desgraciadamente lo hacemos á menudo con todo lo que no alcanzan á percibir nuestros sentidos físicos, como si nada más pudiera existir fuera de lo físico. Si no conseguimos percibir el aire que es una materia relativamente grosera, ¿cómo hemos de percibir el mundo astral que está compuesto de una materia mucho más rarificada que el aire? Pues bien; en este mundo astral vive la Mónada durante un período que varía desde quince á treinta años, por lo que á la inmensa mayoría de las Mónadas humanas se refiere, finidos los cuales vuelve, por decirlo así, á morir, esto es, se despoja del cuerpo de materia astral que forma parte de su sér. En el mundo físico, en la tierra, abandona el cuerpo físico ó cuerpo de barro, y en el mundo astral abandona el cuerpo astral ó cuerpo de materia astral. La Mónada ú hombre verdadero se halla revestida de diversos cuerpos de materia de más en más sutiles, pero nosotros no podemos percibirlos acá en la tierra debido á la imperfección de nuestros sentidos. Cuando el hombre haya conseguido sutilizar los sentidos que posee y desarrollar otros que tiene en germen, entonces verá cosas que actualmente ni siquiera cree posible que puedan existir. Si los hombres no poseyéramos el sentido del olfato, como nos sucedía en remotas

edades, y viniese alguien hablándonos de la fragancia exquisita que despide una rosa, ó del nauseabundo hedor que exhala un cadáver en estado de descomposición, nos quedaríamos perplejos y atontados, y probablemente á ese alguien le tomaríamos por un bribón ó un loco. Lo mismo nos sucede con respecto á estos cuerpos sutiles de que hablo; no podemos verlos, no podemos palparlos, y por este mero hecho los consideramos una quimera propia de un cerebro enfermo ó un cuento de un chismoso que desea divertirse á costa nuestra. Bien hace el hombre en dudar de aquello que no puede comprobar, pero así como la duda es útil y beneficiosa y muy propia del hombre que es un verdadero LIBREPENSADOR, del mismo modo la negación sistemática y porque sí es perjudicial é impropia de un hombre pensador é imparcial. Para negar se necesita tanto conocimiento como para afirmar. Para negar ó afirmar se necesita saber, puesto que para decir que tal ó cual cosa es falsa se necesita haberla estudiado y tener pruebas de su falsedad. Cuando afirmamos y negamos una cosa debemos tener la firme convicción de que dicha cosa es verdadera ó es falsa; pero esta convicción debe apoyarse en el estudio imparcial que de la misma cosa hemos hecho, y si á pesar de todo nos equivocamos, tenemos en favor nuestro que hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano para descubrir la verdad. Negar ó afirmar *á priori* es una temeridad y una licencia que ningún hombre que se precie de serio se permitirá jamás.

Como he dicho, la Mónada se despoja del Cuerpo Astral, después de lo cual deja el mundo astral y pasa á otro plano ó mundo de materia más sutil aún que la que constituye el mundo astral. Este mundo de materia todavía más sutil es el cielo de los cristianos, cielo al que los Indos dan el nombre de Devachán ó mundo mental, puesto que la materia de que está compuesto este mundo es materia mental. Cuando la Mónada se halla en este mundo puede decirse que ha regresado al punto de su residencia habitual después de un breve viaje por el exterior, puesto que en realidad en este mundo es en donde la Mónada humana pasa la mayor parte del tiempo mientras dura el período de actividad. En este mundo pasa la Mónada humana un período de mil quinientos años, por término medio, y durante el mismo se asimila los conocimientos y experiencias que ha obtenido durante su estancia en la tierra. El Devachán, además de ser el lugar de descanso de la Mónada, es también el sitio en donde

ella ve realizadas todas las más nobles aspiraciones que ha sentido durante su vida terrena. Este prolongado reposo es indispensable á la Mónada para recuperar las fuerzas y energías perdidas durante su estancia en la tierra. La tierra es el lugar de la siembra, y el Devachán el sitio en donde la Mónada recoge la cosecha de lo que ha sembrado de bueno en la tierra. En el Devachán todas las Mónadas son felices en proporción á sus merecimientos y capacidades para serlo, lo cual equivale á decir que no todas las Mónadas son felices en un mismo grado. Siendo el Devachán el lugar de reposo de la Mónada, el dolor y el sufrimiento son completamete desconocidos allí. Concluído el período de su estancia en el Devachán ó mundo mental, la Mónada parte de este mundo, y pasando otra vez por el plano astral, vuelve á reencarnarse en la tierra. Pero aquí debo hacer mención de dos excepciones.

Como he dicho, en el Devachán recoge la Mónada el fruto de las buenas acciones y pensamientos que respectivamente ha realizado y acariciado en la tierra, y como desgraciadamente aún existen en ella séres que durante su vida terrena jamás han practicado una buena acción ni han acariciado jamás un pensamiento desinteresado, de aquí que estos séres no pueden tener Devachán. Como que no han trabajado no pueden percibir su salario; como que no han realizado ninguna acción meritoria no pueden recibir recompensa alguna. Tampoco tienen Devachán los niños que mueren en edad temprana por la misma razón expuesta. Como que no han vivido en la tierra el tiempo suficiente para contraer méritos, tampoco pueden tener ninguna recompensa. Estas dos clases de Mónadas, después de una estancia más ó menos prolongada en el Plano Astral, vuelven á la tierra sin haber entrado en el Devachán.

La Mónada humana vive, pues, en tres mundos distintos, en tanto dura el período de actividad. Pero no vayas á creer, Salesio, que estos tres mundos estén sobrepuestos el uno encima del otro á manera de las cáscaras de una cebolla, sino que el uno compenetra al otro, del mismo modo que el agua compenetra á la espqnja y el éter compenetra á la vez á la esponja y al agua. El mundo físico, ó sea la tierra que tocamos, está compenetrado por el mundo astral y ambos lo son á su vez por el mundo mental. Lo más sutil compenetra siempre á lo que lo es menos.

Ahora bien; se ha dicho que el Devachán no es más que una ilusión, con cuya apreciación estoy hasta cierto punto conforme. La Mónada, en el Devachán, ve realizados todos aquellos pensamientos de carácter noble y elevado que acarició durante su vida terrena; pero esta realización no es real más que para ella, es decir, no tiene lugar más que en su pensamiento. Por ejemplo, una madre verá á su hijo feliz, tal como ella deseaba lo fuese mientras se hallaba á su lado en la tierra, y ésto constituirá una parte de su felicidad, en tanto que el hijo sufrirá quizá toda suerte de males. Un filántropo verá que las clases menos acomodadas viven en la mayor abundancia y bienestar y gozará con ello, en tanto que estas clases sufrirán grandes miserias y privaciones. Se podrían presentar otros ejemplos, pero creo que basta con los citados para que uno se pueda hacer cargo de lo que le sucede á la Mónoda en el Devachán. Para la Mónada es real y efectiva la felicidad que experimenta al ver realizado en su pensamiento lo que con tanta ansia deseaba en la tierra, aunque no lo sea para aquéllos que son el objeto de su amor y simpatía. Por poco que se reflexione se verá que no puede ser de otro modo, puesto que si fuese real lo que deseamos para los demás, por noble y desinteresado que este deseo fuese, impediría que fuese una verdad la Ley de justicia. Esta es la ilusión que la Mónada experimenta en el Devachán, ilusión que á veces experimentamos también en la tierra cuando, por ejemplo, creemos que una persona querida que por cualquier circunstancia se halla lejos de nosotros, disfruta de una perfecta salud y se halla en una posición desahogada, en tanto que dicha persona, debido á algún golpe kármico ó revés de fortuna, como equivocadamente decimos nosotros, puede hallarse postrada en cama y sumida en la mayor miseria.

Fuera de ésto, la vida devachánica de la Mónada es más real y positiva que la de la tierra. La vida de la Mónada, una vez se ha desembarazado de la grosera materia física y de la relativamente grosera materia astral, y sólo se halla revestida de la sutil materia mental, es mucho más vívida y real. ¿Qué es la vida terrena más que una ilusión y un sueño? Desde la cuna al sepulcro no hacemos más que soñar. A cada paso nuestros sentidos toman por realidades lo que luego vemos que sólo son sombras. La vida terrena no es más que un sueño, y en ella la Mónada no hace más que soñar al presente; pero en el lejano por-

venir la Mónada despertará y entonces el hombre será algo más que un hombre.

Salesio. Has dicho, Octavio, que el hombre hace bien en dudar de aquello que no puede comprobar. ¿Quiéres dar á entender con ésto que nada debemos creer por la fe?

Octavio. Hay dos clases de fe, Salesio: la fe ciega y la fe razonada. El hombre jamás debe creer nada por la fe ciega. Los que creen por la fe ciega abdican de lo más precioso que el hombre posee, y de séres libres se convierten en esclavos. Lo peor que un hombre puede hacer es creer por la fe ciega, puesto que con ello demuestra este hombre que renuncia á pensar por sí mismo, y al hacer tal renuncia, renuncia al progreso y la categoría de sér pensante. La fe ciega es la peor de todas las plagas que afligen á la humanidad. A causa de la fe ciega han corrido torrentes de sangre y se han perpetrado toda suerte de crímenes y atrocidades. El hombre debe siempre examinar lo que se le dice, puesto que para ello está dotado de mente, y después de un maduro examen, debe decidirse á obrar según los dictados de su conciencia. Vale infinitamente más equivocarse un millón de veces obrando por cuenta propia—después de haber reflexionado y haberse uno decidido en tal ó cual sentido—que acertar este millón de veces creyendo á ciegas. Pensando, la mente se desarrolla y el hombre progresa; creyendo á ciegas, la mente se atrofia y el hombre se embrutece. Así como el niño, cada vez que toma alimento, fortalece y desarrolla su cuerpo, del mismo modo el hombre cada vez que piensa fortalece y desarrolla su mente. Aquél que cree por la fe ciega demuestra que no quiere tomarse la molestia de pensar, y así labra su propia desdicha convirtiéndose en esclavo de los demás, y así es víctima de gente poco escrupulosa que, aprovechándose de su desidia, le explotan y embrutecen.

En cuanto á la fe razonada, el caso es completamente distinto. De la fe razonada á la fe ciega hay un abismo de diferencia. La fe ciega es la renuncia incondicional del sér pensante, es la muerte moral del yo, al paso que la fe razonada es un algo condicionado, un algo que se acepta en principio ó provisionalmente después de haber reflexionado y á falta del verdadero y exacto conocimiento de una cosa. Todos los séres pensantes, desde el hombre hasta el dios más elevado, tienen necesidad de la fe razonada. Como que jamás podrá ningún sér, por elevado

que sea, obtener el conocimiento de todas las cosas, de aquí que siempre y eternamente tendrá necesidad de creer provisionalmente á falta del exacto conocimiento de una cosa dada. Pero al creer el hombre provisionalmente, ó sea por la fe razonada, por este solo hecho hace uso de lo más precioso que en él existe; hace uso de su mente y de su libre albedrío, y al aceptar tal ó cual cosa en principio, se coloca en el verdadero lugar que corresponde al hombre sabio y prudente que no acepta ni rechaza nada *á priori*. Desde la fe razonada de una cosa pasa el hombre al conocimiento exacto de la misma por medio del estudio ó trabajo mental. Para que un hombre trate de asimilarse un conocimiento cualquiera, debe primero tener la fe razonada de que este conocimiento existe. Si un hombre, por ejemplo, no sabe matemáticas y desea conocer esta ciencia, debe antes creer por la fe razonada que dicha ciencia existe. Pero este hombre tiene motivos para creer por la fe razonada que las matemáticas son una verdad aunque no las conozca, desde el momento que ve que por medio de ellas se resuelve un problema; ve los efectos producidos por la causa, y por medio de los efectos que ve deduce la existencia de la causa que desconoce. En estricta verdad, todo lo que no sabemos y, sin embargo, lo aceptamos, es fe. Sólo deja de ser fe aquello que *creemos* porque lo *sabemos*. Así, pues, la verdadera creencia de una cosa descansa en el conocimiento que de la misma poseemos. Sólo aquél que sabe puede en rigor creer. Aquél que no sabe debe limitarse á tener fe. Así como saber es poder, del mismo modo creer es también saber. Para creer es necesario primero saber.

Hay otra clase de fe razonada que descansa en la confianza que nos inspiran las personas con quienes tratamos. Si la experiencia nos demuestra que una persona es verídica y formal, daremos crédito ó tendremos fe en lo que nos dice. Si, por el contrario, la experiencia nos ha demostrado que una persona falta á la verdad á cada paso, miraremos con justificado recelo todo cuanto dicha persona nos diga. En ambos casos tenemos una fe razonada en la verdad ó falsedad de lo que se nos dice, porque nos basamos en la experiencia, lo cual equivale á decir que nuestra fe no es ciega, desde el momento que aceptamos ó rechazamos una cosa en virtud de nuestro libre albedrío.

Salesio. De lo que has expuesto, Octavio, creo poder deducir con bastante exactitud que la Mónada humana llega á ser tal

sin que ella tenga arte ni parte, desde el momento que durante las primeras etapas de su desarrollo pasa á través de los reinos mineral, vegetal y animal, en donde no tiene conciencia de sí misma, es decir, no tiene libre albedrío. ¿Por qué no permanece la mónada eternamente en el seno del Absoluto, en donde, si bien no gozaría porque es inconsciente, á lo menos tampoco tendría que pasar por los terribles sufrimientos que caracterizan la vida tal como la conocemos en este mundo? ¿Quién impulsa á la Mónada á surgir del Absoluto, no diré contra su voluntad porque no la tiene, pero sí sin que ella pueda tomar parte en la decisión que es la causa de su partida.

Octavio. La Mónada se ve obligada á surgir del seno del absoluto impulsada por la Ley eterna é incognoscible. Especular acerca del principio y fin de las cosas es especular en vano. Los verdaderos sabios jamás han especulado acerca del principio y fin de las cosas, porque comprenden que las cosas no tienen principio ni fin, y por lo tanto, consideran como una necedad especular acerca de una cosa que no existe.

El sér sólo puede especular acerca del medio que existe entre este principio sin principio y este fin sin fin, y en ambos extremos de este medio tiene también un infinito sobre el cual especular. El por qué las cosas son tales como son, nadie puede saberlo. El sér debe concretarse á estudiar las leyes de la Naturaleza para comprenderlas y obedecerlas, pero el saber por qué son del modo que son, es una absoluta imposibilidad. Ha de existir necesariamente una causa sin causa, una raíz sin raíz, pues de lo contrario, el Universo y los séres que contiene jamás hubieran podido venir á la existencia. Si fuéramos á suponer que en algún tiempo, por remotísimo que nos lo imaginemos, no existía esta causa sin causa, esta raíz sin raíz, ¿cómo hubiera podido venir á la existencia? Por lo tanto, Salesio, la Ley impulsa á la Mónada á surgir del seno del Absoluto, porque tal es su modo de obrar. El por qué la Ley obra de este modo con preferencia á otro, es un misterio; es el misterio de los misterios.

Todas las Mónadas que en el remoto futuro y durante toda la eternidad surgirán del seno del Absoluto, existen ya en Él, y cuando llegue la hora aparecerán en el escenario del Universo para principiar su evolución y alcanzar la conciencia de sí mismas, y esto sólo en virtud de la inexorable Ley de la Necesidad. Las cosas, Salesio, tienen necesidad de ser de un modo ú otro,

y son del modo que son, sin que sea posible evitarlo ni variar su modo de ser.

Aceptemos, pues, Salesio, las cosas tales como son, puesto que después de todo no son tan malas como en nuestro pesimismo las vemos. El mal no es más que una sombra, desde el momento que es transitorio, en tanto que el bien es eterno. Lo que llamamos terribles sufrimientos sólo los experimenta la Mónada durante el tiempo en que aprende á hacer un uso conforme á la Ley del libre albedrío que ella le concede. Los mayores y más agudos sufrimientos que el hombre experimenta son debidos á la libertad que tiene de obrar según su criterio y libre voluntad. El punto crítico y más penoso de la evolución de la Mónada es aquél en que hace el aprendizaje del libre albedrío. Al pasar la Mónada á través de los reinos mineral y vegetal, apenas es senciente, y sólo en el reino animal principia verdaderamente á sentir, y aun en este reino se halla libre de lo que nosotros llamamos terribles sufrimientos, pues el animal no sufre á la manera y con la misma intensidad que sufrimos nosotros. Pero una vez la Mónada ha aprendido á hacer un buen uso de su libre albedrío, entonces no solamente no sufre ya más, sino que ante sí tiene abierto un sendero de dicha y felicidad.

Por esta razón aquéllos que desean el bien de la humanidad se esfuerzan y se han esforzado siempre en decirla que abra los ojos, que estudie, que procure comprenderse á sí misma y á las leyes de la Naturaleza, que no conceda tanta importancia á las cosas perecederas de este mundo transitorio y atienda con preferencia á lo que es real y positivo, á los intereses de su Yo verdadero, que es la única vida inmortal é imperecedera.

Lo que hasta aquí he dicho con respecto á la Ley Natural es poco menos que nada comparado con lo que se puede decir, y bastante se ha dicho ya en numerosos libros y revistas que pueden consultar aquéllos que sientan interés por esta clase de estudios.

Salesio. He escuchado con gusto lo que has tenido á bien decirme con respecto á la Ley Natural ó Karma; procuraré retener estas enseñanzas en la memoria y me esforzaré en hacer partícipes de ellas á todos aquéllos que me rodean.

VANDERSON

ASTRONOMÍA PSÍQUICA

(SU POSIBILIDAD CIENTÍFICA)

Creo posible una astronomía psíquica. Creo que el hombre que vemos por esas calles es mera parte integradora de un gran conjunto, de un sistema psíquico de admirable contextura, invisible á nuestra grosera vista, sujeto á leyes parecidas á las del sistema planetario, reguladoras de la muerte y de la vida. Pero como el asunto es un poco atrevido, necesita previas explicaciones; suspended un momento el desfavorable juicio que *la cosa* os producirá en un principio. Nadie debe ser condenado sin antes ser oído.

Los esfuerzos de abstracción y generalización que han levantado el prodigioso edificio matemático, se han ido poco á poco traduciendo en leyes inflexibles aplicadas á toda la fenomenología del Universo.

Los conceptos enlazados con el número han ido encarnando así en la vida, y suministrando base racional para ciencias más varias cada día.

El número, la cantidad, aplicados al espacio, dieron nacimiento á la Geometría, y ella ha pasado desde las aplicaciones más teóricas y más admirables, á las más prácticas relacionadas con el orden, peso, volumen, densidad, forma y figura de los cuerpos.

El número ha reducido á términos concretos los más difíciles problemas de la Mecánica. Hánse averiguado las leyes fijas que regulan los movimientos de los astros, y ahora, con la Mecánica química, las leyes correspondientes al movimiento de los átomos y á la inaudita multiplicidad de los fenómenos químicos.

El número se ha enseñoreado de la Física, de la Cosmografía, de mil aplicaciones en la ciencia militar. El número, como medida del tiempo, deducida de los movimientos terrestres, regula á nuestra vida.

La historia con sus cronologías depende exclusivamente del número. Las religiones todas nos hablan de números simbólicos á los que les conceden importancia altísima.

De una aritmética sagrada ó hermética nos habla la tradición y la ciencia entera de todos los pueblos antiguos. De la Suprema Causa se habla también cual del Uno-Todo, el inmensurable por Incognoscible.

La filosofía admite también una genuína numeración para sus análisis. Todo objeto ignorado es para nosotros cero absoluto: objeto visto por primera vez, se nos presenta á nuestra mente como algo separado de los demás séres, como una individualidad, como un *uno*. La escrutadora percepción analítica pronto revela en él el dualismo: parte de su todo es clara y parte obscura, parte fea y parte hermosa, *algo* que claramente se contrapone á *algo* ya físico, ya mental, ya arbitrariamente. Aparece así el dualismo, el *dos* abstracto, lo recíprocamente contrapuesto, según el punto de mira que se elija, y tal dualismo halla al fin, con nuevas investigaciones, un nexo de unión, una modalidad ó lazo común de transición ó sintético, que pasa de la luz á las tinieblas á manera de crepúsculo, de lo bueno á lo malo por lo indiferente, de lo visto á lo ignorado por lo que se columbra, de lo grande á lo pequeño por lo adecuado, de lo concreto á lo vago, de uno á otro extremo, de una á otra manera especial de ser ó de existir por esos nexos de transición fáciles siempre de ser evidenciados.

El número reina en Terapéutica con la dosificación que, alterada, lleva del remedio al veneno. Reina en Estadística, porque sus conjuntos derivados del hecho observado se generaliza hasta concretarse en leyes orientadas hacia las mil ramas de la Biología, Fisiología ó Patológica. El número se enñore ade todas las artes y las bellas artes, con la proporcionalidad que impone á todos los elementos integradores de la obra artística.

El número regula nuestra vida en cuanto vemos y en no pequeña parte de cuanto ignorado aún nos queda por ver. A tal lapso de tiempo en la gestación sobreviene el alumbramiento; á tales otros, mejor ó peor concretados, llegan la pubertad, la madurez, la esterilidad, la senectud y otros fenómenos de nuestra existencia sobre el planeta. Los fenómenos más exquisitos y desconocidos del carácter y de la conducta, son función de la edad, amén de otros factores no pocas veces.

No pasa día sin que la Ciencia registre un nuevo triunfo del número, ora descubriendo astros *sin mirarlos,* cual Neptuno y los componentes físicos de no pocos sistemas dobles estelares, ora descubriendo las propiedades físicas y químicas *futuras* de ignorados cuerpos simples del cuadro numérico de pesos atómicos, ideado por Mendejeleft, ora sorprendiendo y casi pronosticando la marcha de las enfermedades epidémicas, gracias á curvas numéricas que con razón se han equiparado por alguien á las órbitas de los cometas.

Por infinitos detalles numéricos se ha logrado sistematizar la Botánica. Ya en un principio con Linneo, por el número de órganos sexuales de la flor, ya modernamente por los números de sus pétalos, sépalos, hojas, etc., ó por la disposición de los nervios, peciolos, brácteas y demás elementos vegetales, disposición que al caer en cierto modo bajo la Geometría, entra también por ella en el Número. Análogas consideraciones serían procedentes en el campo de la Zoología.

La Mineralogía, ya en los detalles geométricos de los cristales, ya en los químicos de las materias de su estudio, mediatamente depende del Número.

Los ignorados fenómenos que se verifican con nuestra vida, aparecen avasallados con la noción de Tiempo, que es algo consustancial con la noción de número.

¿Qué insensatez puede haber, pues, ó qué peligro en hablar de números, hoy desconocidos, reguladores de nuestra existencia?

En nuestro cuerpo se dan cita las ciencias todas, esas mismas que dependen del número. Materialistas ó espiritualistas, partidarios de la escuela de *sólo el cuerpo*, ó de la del dualismo de cuerpo y espíritu, ó del pluridualismo más completo de los *varios cuerpos* envolventes *más y más* sutiles de la Mónada esencial, nos es forzoso admitir que en la *realidad-hombre* se impone ante todo la armonía, y que ella, sometida como está á leyes propias, no ha de discordar con las demás realidades grandes ó ínfimas del Universo en punto tan esencial como la idea de Número y sus matemáticas aplicaciones.

Tal vez no se ha realizado esta investigación por pueriles escrúpulos religiosos de esos que rutinarios se atravesaron siempre en el triunfal camino de los genios. Acaso no ha llegado aún la hora de formular tan atrevidas preguntas como las del nú-

mero en la vida de nuestro Ego, por ser integración de ciencias múltiples no susceptibles aún de prestar oportunos auxilios. Quizá, y esto es lo más probable, hemos huído sistemáticamente de tales investigaciones por temor infantil frente á lo desconocido, ó porque, como decía Voltaire, para nada hace falta tanta filosofía como para observar los fenómenos que experimentamos nosotros mismos.

En toda aplicación matemática á los diferentes vitalismos se presenta además un escollo casi insuperable. No basta, en efecto, que se de en ellos algo así como la idea de número, la de homogeneidad entre los fenómenos que se equipararan, y la más concreta de cantidad en cuanto hace referencia al aumento ó disminución de los mismos. Siempre parece cortarnos el camino la imposibilidad real ó ficticia de poder precisar los dos conceptos indispensables de igualdad y suma que hacen á las magnitudes *mensurables* matemáticamente.

El concepto de *equivalencia* elude en parte tales dificultades. Con él hacemos *p e* al área de un círculo equivalente á la de un polígono regular ó irregular de tantos ó cuantos lados. La La idea de proporcionalidad es fecunda en resultados imprevistos, pero supone también aquellos conceptos indispensables.

Pero mejor las elude, sin duda, una mayor finura en el hecho de observación. Tal ha sido el hilo de Ariadua, que ha seguido el sabio en el laberinto de las ignoradas verdades científicas.

Sabido es, en efecto, que las ciencias que han ido entrando sucesivamente en el cálculo matemático, no lo han podido conseguir sin un largo período de preparación, durante el cual han ido acumulando hechos sobre hechos hasta llevarlos luego á la férula matemática. Los pueblos pastores que observaron largos lustros el curso de los astros; los pacienzudos experimentadores que, frotando el *electrom,* inauguraron el estudio de la electricidad; los extraños nigromantes que persiguieron la piedra filosofal en sus retortas, estaban bien ajenos á pensar que del fruto maduro de aquéllas sus investigaciones incipientes, se había de enseñorear la fórmula matemática.

Prescindiendo, pues, de aquel escollo, hoy invencible, de no poderse determinar friamente los conceptos de igualdad y de suma en el proteísmo psicológico, cabe comenzar como aquellas ciencias lo verificaron, y proceder á la requisa sistemática de hechos de psicología, observación tanto en la esfera de la vigi-

lia como en la misteriosa del ensueño. En cierto ensayo sobre la fantasía humana intentamos algo sobre este último. Hoy nos fijaremos sólo en aquélla, en la vigilia.

Desde luego la senda se bifurca. Dos clases de hechos se nos presentan como observables: el propio y el ajeno. La exquisita contextura del hecho propio, el valiosísimo testimonio en él de la conciencia psíquica y la elemental razón de su mayor proximidad á cada observador, le hacen de momento preferible.

El postulado que de lo dicho arranca es muy concreto. Nos sería conveniente observar, autoinspeccionar, analizar con propósitos matemáticos por modo esmeradamente crítico, el amplio panorama de nuestra vida. El clásico *nosce te ipsum* se avalora en esto más que en cosa alguna. Haciendo otros lo mismo y compulsándose después las diversas observaciones, se depurarían errores posibles, quedaría reducido á su justo valor la llamada ecuación personal, doble fuente de tantos tristes desvaríos como de no pocos dichosos atisbos. La ley numérica reguladora, ó por lo menos leyes secundarias y parciales, acaso por algún lado se mostrarían.

Justificada la conveniencia de que nos observemos ó *autoinspeccionemos*, demos nosotros el ejemplo; digamos, pues, lo que cada cual en sí propio haya podido *autoinspeccionar*.

De mí sé deciros una cosa muy sencilla. Me hago la ilusión de creer que efectivamente he sorprendido cierta periodicidad en la fenomenología de su vida.

Esto podrá parecer una extravangancia; pero yo debo decirlo si he de ser verídico y honrado, refiriendo mis conquistas mentales. La propia observación es capaz de suministrar en cuanto á móviles, precedentes, intenciones, estados de conciencia, etiología, en fin, del hecho observado, detalles exquisitos y de plenísima certidumbre, que es necio el pretender ir á buscar al hecho ajeno. Tan genuína valía justifica, pues, la preferencia que le otorgamos en los comienzos de tamaña investigación.

En mí se da la sucesión de la vida como un suceder cíclico, y observo en ella que su período completo es de catorce años.

En toda la filosofía inda, griega y alemana, se admite como cierta la distinción entre lo transitorio y lo inmanente; lo que pasa y lo que queda; lo que Fitche llamara fenomenal ó concreto y lo numérico ó abstracto; lo que el sentido vulgar distingue como alto y bajo en el hombre; lo que cierta Escuela acreditada

ya por sus transcendentales videncias ha denominado *Yo* superior, ó espiritual, y *yo* inferior, ó animal en el hombre.

El uno cambia, progresa, se transforma; el otro parece dirigir la evolución sereno y permanente; el uno crece y envejece; el otro parece siempre el mismo. Aquél es el obrero que labora, el fagín que aporta materiales; el otro remeda al capitalista que acumula, al mar que atesora y guarda en su amplio seno los caudales acuosos de todos los ríos. Crece, pues, el gran Yo á costa del yo pequeño, ó con minúscula, y convendría en vista de ello simbolizarlos á entrambos por el centro y la circunferencia del círculo.

Pero hay que explotar el símil hasta donde nos sea dable. Hay que considerar en ese girar del yo inferior en torno del superior ó numérico algo así como una verdadera órbita de aquél en torno de éste, único medio de dar plasticidad á tamañas abstracciones y hasta hablar de perihelios y afelios, equinoccios y solsticios, etc., en analogía del Sol y la Tierra, que es la comparación más gráfica que podemos hacer respecto de los mismos.

Aquí ya de las matemáticas. Si el período total de cada evolución ó giro de mi yo inferior es por ventura de catorce años, cual nos hemos imaginado, cada catorce años se habrán de reproducir, en cierto modo y con ciertos matices, análogos hechos, á la manera como cada trescientos sesenta y cinco días el girar de la tierra reproduce indefinidamente las estaciones; pero asimismo cada siete años los fenómenos, como las estaciones cada medio año, resultarán contrapuestos, y entre unos y otros fenómenos capaces de diseñar una á modo de línea de solsticios, otra línea de equinoccios perpendicular á ésta parecerá admisible.

Adivino aquí vuestra objeción: la cacareadísima libertad humana, tan indiscutibe en sí frente á estos groseros determinismos.

Por de pronto los puntos fundamentales de mi órbita me resultan claros. Al venir á la vida mi yo superior ó eterno, después de Phedon, la inmortalidad es un postulado de la Filosofía. Toma carne, se reviste de mi yo inferior, *nace* en el mundo físico. Siete años después ha de venir, si la sospecha es cierta, algo contrario, algo opuesto é intelectual, y otros siete más tarde algo físico, perfectamente definido, y así sucesivamente.

El período inferior físico ó de aphelio psíquico nos dará en

nuestra hipótesis estas fechas: 1872, 1886, 1900. Ellas, en efecto, coinciden respectivamente con tres hechos físicos concretos: mi nacimiento, mi pubertad y el nacimiento de mi primer hijo.

El período contrapuesto, superior, mental ó perihelio psíquico parece darme estas otras fechas: 1879-1893, bien caracterizadas, pues en la primera al aprender á leer me inicié en lo que es clave de todo el humano progreso, el don de la lectura, y en la segunda tengo un hijo intelectual, descubro un cometa en el cielo. ¿Qué vendrá, si la regla es cierta, en 1907? Tiempo tendremos de verlo.

De los dos períodos equinocciales el de la derecha me da estas otras fechas: 1875-76, 1889-90, 1903-904, que se caracterizan por graves enfermedades, hondos sufrimientos y conmociones ó revoluciones psíquicas, albores de los nuevos períodos, y aquí sí que, lector, me tienes que creer meramente por mi honrada palabra, ínterin tú, con tus observaciones propias, ratifiques ó rectifiques éstas mías humildísimas. No sería malo que al observaros hallaseis comprobado algo de estas brutales conmociones de mis psíquicas, dolorosas y hermosas primaveras de catorce en catorce años.

El de la izquierda, á su vez, me aporta estas otras: 1882-83, 1897-98 y 1903-04. Todos los viajes más importantes, largos y educadores de mi vida, corresponden á estos datos. El de la primera me mostró por primera vez el mar y el mundo; el de la segunda fecha, por su parte, me llevó dos veces al extranjero con propósitos poco definidos y de los que no me doy una cabal cuenta, cual si lo que se llama vulgarmente fuerza del destino me empujase. La tercera data, 1903-04, ha coincidido con un continuo viajar por toda España... ¡pícaro lector, que me sigues la pista ó *rall-paper* en estas órbitas, con las que no comulgas; ya te veo venir con tu humorismo de buena ley y preguntarme si por acaso he viajado no más que para hacer verdadero el principio *à posteriori!*... Pero no, créete que no; los tales viajes me han sido, contra mi voluntad, precisos y no hijos del capricho.

—Pues ya aquí—diréis—acabemos de caracterizar vuestras estaciones anímicas.

—Voy á complaceros. El primer cuadrante ó invierno se me inicia siempre con períodos de cierta calma espiritual, que luego pasa á duro sufrir y combatir, así que el equinoccio correspon-

diente se aproxima. El segundo cuadrante me ha parecido *constituyente*, ó de vivir nuevo, tanto mejor cuanto más se ha acercado el perihelio mental ó de vital apoteosis. El tercer cuadrante ó estival comienza asimismo tranquilo hasta aproximarse otra vez á los días equinocciales de la izquierda ú otoño en que se reproducen, si cabe con mayor intensidad y belleza, los choques del opuesto período en remedo quizá con el titanismo, que en situaciones análogas parece presentar el equinoccio de la Tierra. Los mayores sufrimientos de mi vida, desgracias de familia inclusive, diríase que se han esperado á uno y otro lado de la línea, asunto que se presta por sí sólo á hondísimas meditaciones.

No hablaré ya más de mí por no cansaros, ni os molestaré con la enunciación de los infinitos pormenores de mi autoinspeccionada vida. Puedo, si queréis, dároslo otro día. Hablemos ya de vosotros: ¿sois, por ventura, de los que por escrito ó meramente en el fondo de vuestra exquisita retentiva, lleváis también el libro de bitácora de la nave de vuestra alma, cuando surca el piélago del misterio con rumbos inciertos y desconocidos, como decía en no sé que ocasión? Reíos, en efecto, pobres naves que bogáis á lo Espronceda, de esas brújulas y timones que se llaman, no más que por darlas algún nombre, voluntad, razón, libertad, etc. . . ¡Cuán pocas veces ellas os llevan en la vida! ¡Cuántos más sois vosotros los llevados en vuestras ignotas órbitas por vuestro Yo superior mismo, de tantas maneras llamado por la historia: ángel custodio, *daimon* familiar, musa, Ninfa Egeria, lares, penates, lemures y mil otros nombres sugestivos.

No, no estáis aislados en el Cosmos espiritual, como tampoco lo está la tierra que habitais y vuestro propio cuerpo en el Cosmos físico. Marchais, girais, avanzais y retrocedeis, sin que apenas os deis cuenta, pero evolucionais siempre. Meditadlo, después de empaparos bien en la moderna astronomía iniciada por Copérnico, Kepler y Newton y alentados desde el fecundo campo de la filosofía por Baçon, Leibnitz y Kant, ó desde el de la poesía filosófica por Milton y Goethe. Pronto, muy pronto os convenceréis, porque os avasallará al fin con su grandeza la idea universal de número y medida: la idea divina de analogía entre el hombre y su planeta, entre el Sol y su Yo superior más excelso. La idea de geometría que después de explicar las afinida-

des y movimientos del átomo, la formación del cristal, el desarrollo de la célula, el animal y la planta, muy en breve va á comenzar á explicaros el hombre, el microcosmos, única cosa que falta para señalar una magna etapa en nuestro progreso.

* * *

Ya que la vida humana y su rastro, senda ú órbita sobre la tierra, tan irregular y tan regida por el providencialismo, ó bien por el acaso se nos muestra, conviene que hagamos algo de historia de la idea del acaso ó la casualidad en las ciencias.

Los pueblos infantiles no pueden concebir bien la suprema ley de Causalidad que á todo rige y acuden á los conceptos supletorios que tienen por base la casualidad.

Así los cristales, la disposición de las capas geológicas en la Tierra, las nubes, la marcha de los astros, todo, en fin, cuanto es hoy objetivo de la ciencia, juegos de la casualidad no más, se han creído en un principio, y las sospechas en contrario, la *duda* cartesiana ha señalado siempre el comienzo de la investigación en demanda de causalidades explicadoras de estas casualidades ó caprichosas voluntariedades de séres superiores directores del Universo.

Una cartesiana duda, pues, debe impulsarnos á investigar acerca de tamañas irregularidades de la órbita humana, tan aparentemente irregular sobre la superficie de la Tierra. Imposible parece en un principio el poderla parangonar con la majestuosa y reglada marcha de los astros.

—Pero cepos quedos, mi señor deMontesinos—; diremos á quien en tales imposibilidades crea. La regularidad de marcha de los astros es uno de tantos convencionalismos.

Verdad es que conocemos de tal modo, por ejemplo, los movimientos orbitales de la Tierra y la Luna, que predecimos al segundo el momento de un eclipse. Pero esto que tanto nos admira y envanece, es en realidad muy poca cosa. La biología de los astros en sus caminos es algo tocado de más intensa irregularidad de lo que parece á primera vista.

Por de pronto, tenemos las llamadas perturbaciones planetarias que apartan á la continua á los planetas de sus elipses teóricas, transformándolas así en unos caminos tortuosísimos, que sólo por abstracción podemos seguir considerando como elipses. Los que se hallen familiarizados con la mecánica racio-

nal saben, en efecto, que al dar el primer paso en el asunto y presentarse el problema de los tres cuerpos Tierra-Luna-Sol atrayéndose recíprocamente en razón de sus respectivas masas y distancias, la matemática se declara impotente para solucionarle, limitándose, por tanto, á groseras aproximaciones seriales, y cuán groseras serán ellas en sí nos lo enseña la misma teoría coordinatoria al presentar el cuadro de la resultante atractiva final sometida al conjunto de todas las atracciones parciales—en total unos cuatro millares—resultantes de tomar de 2 en 2, 3 en 3... *n* en *n*, aunque no sean más que los 9 mayores cuerpos del sistema Sol, Mercurio, Venus, Luna, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, que si se incluyen los 400 ó 500 asteroides de la familia, despreciables por ínfimos, el asunto ya se complicaría.

Cuenta además las no nulas atracciones de los soles vecinos, del Centauro, Sirio, 61 del Cisne, etc., y las ignoradas ejercidas por astros obscuros que existir pueden en el espacio, según Tourner y Flammarion. Incluid asimismo cambios en la *tonalidad* ó resistencia de los medios etéreos del espacio, ya que gracias á la traslación solar nunca es el mismo. Agregad además propios impulsos posibles de fuerzas internas del planeta, recrudescencias atractivas no improbables por cambios electromagnéticos del Sol y decidme luego si debemos mirar como verdad absoluta en el campo de la filosofía ese admirable y práctico convencionalismo de las cerradas elipses planetarias.

La conclusión es, pues, inflexible. Si irregular es la huella de nuestra planta en la Tierra, irregular también es la de la Tierra en el Cosmos, aunque el grado de ésta nos permita por hoy equipararla á una regularidad ideal y perfecta, lo cual no quiere decir, ni mucho menos, el que mañana no nos sea dable introducir otro convencionalismo semejante en aquella otra órbita, acaso más irregular tan sólo en apariencia, por lo mismo que nos es más conocida. ¿Qué astrónomo verdaderamente honrado y sabio nos juraría ser tal y como se nos pinta aquel *raill-paper* de la Tierra? Demasiado sabe él que en el conjunto sidéreo, siempre en perpetuo movimiento, no conocemos hoy puntos concretos de referencia análogos á los hallados para nuestros pasos en la Tierra, que no en vano el mar del éter se parece al mar libre ú océano en la asombrosa vaguedad de sus movibles olas y en la indeterminación de sus homogéneos horizontes.

Además, ya sabéis que no hay todavía fórmulas matemáticas *cerradas* que sujeten con precisión las perturbaciones de Mercurio, cosa que llevó á Levenier á buscar sus Vulcanos tan inútilmente. Que la luna acelera su marcha y estrecha su girar en torno de la Tierra, y que si bien un matemático como Laplace ha creído encontrar fórmulas de estabilidad ó compensadoras, otro como Poincarré pretende hallar todo lo contrario, llegando á la conclusión de que existen otras fórmulas que suministrar puedan al sistema planetario posiciones distintas de equilibrio é irregularidad que las que hoy tiene.

Por otra parte, el caballero Turner apoyado en recientes descubrimientos, ha dado en la flor de creer que las órbitas de los cometas no son círculos, ni elipses, ni parábolas, ni hipérbolas, sino curvas raras, sinuosas, angulosas, verdaderas voluptas biológicas, cual el contorno, v. gr., de una medusa, la figura de un vilano floral ú otras extravagantes y tamañas, con lo que la Astronomía filosófica de nuestros buenos *Maestros Cantores de Nuremberg,* que diríamos recordando á Wagner, ha recibido un golpe tan mortal como el que Wagner infligiera á estos rutinarios adoradores de la acompasada regularidad musical. Ved la figura que trae en su reciente obra los últimos progresos de la astronomía sobre las posibles órbitas cometarias. Ved también los dibujos de nebulosas que trae el excelente atlas de Klein, anilladas, aspirales, en torbellino, en forma de rábano ó de cangrejo, y otras mil á cual más peregrinas. Trazad luego sobre un mapa adecuado de España ó Europa la trayectoria ó huella general de vuestra vida y *tablaux,* que dicen los efectistas. No hay, contra lo que creíais en un principio, obstáculo geométrico alguno para que os creáis un astro, por eso de la regularidad ó irregularidad de vuestros movimientos. Yo sé de muchos hombres-astros que van diariamente con admirable regularidad al café, al teatro y hasta á la oficina.

Apurad, pues, ya con toda libertad el símil y no temáis á aquellos preceptistas también maestros cantores de Nuremberg, llamados Hermosilla... que se escandalizaron al oir llamar á las montañas esqueleto de la Tierra. ¡Pobrecillos! Si hoy vivieran habían de pasar por el tormento de oir—¡y en prosa!—que no sólo es ésto cierto, sino que las capas geológicas de las edades son terrestres músculos, aunque excitables no resulten bajo nuestras electricidades juguete, ya que hasta se contraen y di-

latan durante los fenómenos seísmicos que en la Tierra producen las recrudecencias electro-magnéticas del Sol que es su nervio. Habían de sufrir con paciencia también lo de los arroyos-ríos, como venas terrestres por do retornan al mar ó corazón del monstruo Gea, la linfa acuosa, que merced á la circulación arterial, aunque poco observable, de las nubes de que luego hablaremos, el flúido vital por los capilares de los músculos aquéllos, y hasta tendrían que callar cuando se les trajera á colación lo del sistema nervioso de la tierra, representado por sus corrientes internas asimismo electro-magnéticas. . .

Y librarían mejor sin duda con armarse de paciencia, porque luego les daríamos un gran placer á sus espíritus ortodoxos; porque extremando el paralelo entre el cuerpo-tierra y el humano cuerpo, entrambos cargados de parásitos y entozoarios de su escala respectiva, vendríamos á parar nada menos que á los ángeles planetarios del filósofo de Aquino, ó sea por analogía á inquirir una parte psíquica en la Tierra análoga á la psiquis del hombre. ¡Oh donoso paralelismo que integra las unidades cósmicas tanto corpóreas como invisibles, haciéndolas caber unas en otras, cual las cajitas-juguetes de los niños!. . . La saltadora pulga que se pasea por entre el vello de cualquier vano mortal, rey ó mendigo, cual nosotros por entre las selvas y jardines de la Tierra, acaso no sepa que sus microscópicos parásitos son nada menos que la última palabra de una serie infinita que se enumera así: parásito del tipo *equis-coco* del planeta pulga que se mueve sobre el planeta hombre del planeta Tierra, mientras éste continúa su *ammiótico* movimiento en torno del Sol, de Hércules quizá, y de los centros desconocidos de la Láctea Vía y de las nebulosas del Cosmos. . .

M. Roso de Luna.

Mohidin y Raimundo Lull.

I

Hasta hace poco era un motivo de extrañeza la posición filosófica de Raimundo Lull, no sólo en la filosofía y el pensamiento español, sino en la de la misma Europa. Se ofrecía como un pensador único, aislado y genialísimo en el sentido de carecer de predecesor alguno, y el visible orientalismo que se aprecia á

simple vista en sus escritos, se creía hijo tanto del medio en que apareció como natural consecuencia de sus viajes más ó menos discutibles á Siria, Palestina, Egipto, Marruecos, etcétera. Una influencia personal, única y decisiva sobre todas esas, fácilmente imaginables y comprensibles, no se podía sostener por carecer de toda prueba, y porque sospecharlo siquiera hubiera parecido poco patriótico, creyendo que por no haber inventado todo su sistema el filósofo mallorquín, habría de ser menos grande é interesante para los hombres de lo porvenir, sin tener en cuenta que el desconocimiento de las grandes corrientes filosóficas orientales sería precisamente, tratándose de Raimundo Lull, un cargo tan serio como el que pudiera hacerse actualmente á cualquier hombre de ciencia que careciese de la necesaria información en su propia especialidad.

Semejantes estrecheces mentales no pueden autorizarse más que por un desconocimiento absoluto de la historia de nuestra cultura. Un filósofo que aparece en Mallorca, que viaja por la península y que llega á Marruecos, donde discute con los hombres más eminentes de la civilización árabe, es natural, no sólo que llegara á conocer las principales ideas de éstos, sino que á su pesar se asimilase una porción más ó menos considerable de ellas.

Por otra parte, ese mismo filósofo, por su condición eclesiástica, se pone en relación, no ya con los cultos de su patria, sino con los de todo el mundo, porque así lo exigía la condición de su ministerio. Es contemporáneo del más eminente escritor castellano que se influye de un modo más directo de los escritores orientales, el infante D. Juan Manuel (1282-1348). El principal objetivo de su crítica lo dirige también contra la tendencia árabe más religiosa, contra el cristianismo —las ideas de Averroes—. Tiene que estudiar, por consiguiente, no sólo los textos de sus propias creencias, sino los de las ajenas, aquéllas que son la base de las que impugna. Y ha sido, finalmente, precedido por los más eminentes filósofos árabes y judíos de la España de la reconquista, Abentofail, Avempace, el mismo Averroes, Abicebron y Maimónides. ¿Qué tiene de extraño que sus ideas, la base principal de las mismas, esté en las de sus predecesores? ¿Sobre cuáles podría fundarlas mejor?

Hay también un hecho interesante que merece fijarse en esta cuestión, y es que dentro de las ideas de los árabes y los judíos existían tendencias más afines y próximas, si así puede decirse, que entre las enseñanzas cristianas. El materialismo de Averroes no sólo era una herejía respecto de las enseñanzas cristianas, sino dentro del islamismo. Es más, con ser tan estrecho el punto de vista de la filosofía cristiana, lo era mucho más el de la filosofía árabe, es decir, el de la teología musulmana. La persecución contra los filósofos y pensadores que prescindían del Alcoran, fué más terrible y violenta entre los ára-

bes que la que sufrieron á la vez los filósofos que se apartaban de las Escrituras entre los cristianos. Sobre esta intolerancia pudo aprender muchísimo la Inquisición católica de la intransigencia de un Almanzor. Y fueron tan terribles y sanguinarias las polémicas entre los árabes sobre si el Alcoran era creado ó increado, como las que sostuvieron los católicos y los arrianos sobre la naturaleza del Verbo.

Una de las doctrinas más afines — es preciso perdonarme esta palabra — de la teología musulmana á la teología católica, era la que predicaban los sufis: el sufismo. El misticismo árabe.

Esta enseñanza no sólo era útil para sacar de ella argumentos y razones contra el materialismo de los filósofos, sino que en sus líneas generales, en la base de ella, en lo que tenían de general y constructivo, sin expresar directamente contra tal ó cual materialismo é irreligiosidad filosófica, era aprovechable para la misma vida cristiana en cuanto formula ética para la vida. ¿No es natural que se tomasen del sufismo algunas enseñanzas para ofrecerlas como resultados experimentales de principios aplicados ya á la vida? ¡Qué duda cabe!

Los filósofos cristianos ilustrados tenían que recibir por fuerza esa influencia del sufismo, y tenían que recibirla á su pesar, cuando tras una larga discusión, queriendo llegar á un acuerdo, establecer las bases de una tolerancia ó de una tregua, se descubrían mutuamente un punto del que distaban lo mismo ó hacia el cual se podían dirigir, aunque cada uno fuera por su propio y personal camino.

—Antes que creer en ese materialismo prefiero creer únicamente en Dios misericordioso y omnipotente, y creer en el Dios de Mahoma, que en las impiedades de esos hombres, tan lejos de Jesús como del Profeta.

—Ya hay entre nosotros quienes sólo creen en Dios únicamente y menosprecian el conocimiento, aspirando nada más que á la unión con el Señor.

Pues, en verdad que esos hombres son más cristianos que vosotros.

Pero, concretando más, ha de decirse que el sufismo, verdadera mística del Islam, si no fué naturalmente la ortodoxia de la enseñanza árabe, sí fué la más asequible al vulgo en lo que aparentemente se ajustaba á la doctrina alcoránica, de la misma manera que está más cerca el vulgo católico de la mística teresiana que de la impiedad del enciclopedismo. Hablo del vulgo católico de verdad, y desde luego considero á toda la mística como algo no católico, como tampoco es islámico el sufismo, aunque no se pueda ser sufi sino dentro de una base musulmana, ni místico sino dentro de una base cristiana.

El sufismo era generalísimo en la España arábiga. Apenas apareció entre los árabes, después de siglo y medio de la Hégi-

ra, se extiende entre nosotros de una manera prodigiosa (1) y se ven por Murcia, por Málaga, Córdoba, Sevilla, Mérida, en fin, por todas partes, hombres y mujeres que predicaban la enseñanza mística con la misma ingenuidad y perseverancia con que pueden realizar su misión hoy, por ejemplo, los Ejércitos de Salvación. Una gran parte de la historia de aquellos predicadores nos ha sido legada en *El libro de los consejos*, de Ferid el Din Attar, que tradujo y dió á conocer el meritísimo Silvestre de Sacy (2). Un gran filósofo acepto al sufismo, pero de ningún modo sufi—Algazel—contribuyó muchísimo con su crítica acerba y acerada contra el filosofismo, á la producción del movimiento místico entre los árabes españoles, y es á su influencia principalmente á lo que se debe el desarrollo que tomó entre nosotros ese movimiento. Y así fueron sufis Sad el Jair, intrépido viajero valenciano, amigo y discípulo de Algazel; Abenjanín, toledano, profesor de teología y jurisprudencia; Abderramán de Peza (Guadix), que regentó la aljama de Almería; Aben Hassan, el autor de *El secreto de los secretos;* Aben Zooca, de Orihuela; Abud Havas el Magrebi, de Sevilla, y su discípulo el murciano Mohidin y los paisanos de éste el morabito Aben Sabin y Aben Llud.

El buscar un antecesor de Raimundo Lull, una influencia, mejor dicho, entre estos hombres, no era desde luego desacertado. Era natural y el resultado tenía que ser sorprendente y afirmativo necesariamente.

A dos meritísimos profesores españoles debemos este descubrimiento: al Sr. D. Julián Ribera y á D. Miguel Asín.

II

Se trataba de tributar un homenaje á nuestro erudito el señor Menéndez Pelayo, y concurrieron para ello con lo mejor de sus investigaciones profesores de todas partes. En dos trabajos que en realidad forman uno, se dió la clave del orientalismo de Raimundo Lull, y á éste ó á éstos hemos de referirnos en lo sucesivo, exponiendo lo que creemos oportuno para el caso (3).

En el trabajo del Sr. Ribera se pone fuera de duda que el filósofo mallorquín conoció á los árabes perfectamente. Es un trabajo concienzudo y sobre el que habrá de volver en repetidas

(1) La palabra sufi no aparece hasta 767 de Jesucristo, y al primero que se aplica es á Abu-Achen. La palabra sufi no viene de σοφός, sino de *suf*, lana; porque se vestían con túnicas de lana los primeros místicos árabes. Se ha hecho venir esta palabra también de *safu*, pureza menos disparatadamente que de σοφια (!) y de *Sufa*, nombre de una tribu anteislámica que servía el templo de la meca. La etimología más racional es la apuntada anteriormente.

(2) Véanse también sus artículos en *Le Journal des Savants*, 1821 y 1822.

(3) *Homenaje á D. Marcelino Menéndez Pelayo*, tomo II: *Origen de la filosofía de Raimundo Lull*, por Julián Ribera, y *Mohidin*, por Miguel Asín.

ocasiones siempre que se trate en lo sucesivo de la filosofía luliana con más seriedad que se ha hecho hasta la fecha desde los días de Feijóo, tanto por los enemigos de ella como por los que pretenden resucitarla, dándola más que un carácter puramente español, ortodoxamente católico (1).

Un extremo señalado en el estudio del Sr. Asín nos interesa sobremanera. Es el que se refiere á la coincidencia capital de Raimundo Lull y el filósofo murciano Mohidin.

Mohidin fué un filósofo que nació en 1165 y que murió contando más de ochenta. Sobrino de un hombre extraordinario que dió en el misticismo y repartió sus bienes entre los pobres, influído directamente cuando joven por el sufi sevillano Abul Havas el Magrebi y después por las obras de Algazel dió á su vez con más empuje en el sufismo, á cuya exposición dedicó casi por completo los 400 tratados que compuso, algunos de los cuales, como el titulado *Alfotuhat,* tienen cerca de 4000 páginas.

En general, la coincidencia entre Raimundo Lull y Mohidin es casi completa. El punto de partida de uno y otro es el mismo. Mohidin, como Lull, afirma que la ciencia es una y que su fin es la persecución de lo Uno; para ello dispone el hombre de dos medios: la fe y el entendimiento. Ahora bien; la fe es el primero y principal, hallándose el entendimiento subordinado á ella, porque éste tiene que apoyarse sobre *razones necesarias,* mientras que la fe es necesaria por sí misma.

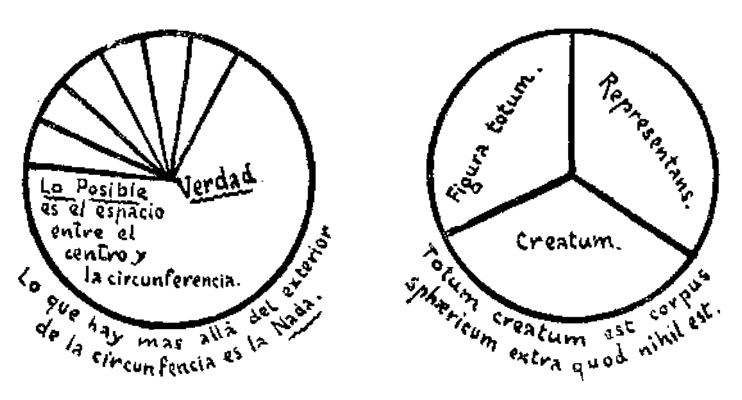
Mil y mil puntos de semejanza hay entre el filósofo de Murcia y el de Mallorca, y toda la doctrina mística de éste está calcada sobre la de aquél, modificada cristianamente, en lo que cabe modificarla en tal sentido. Pero hay más, y aquí está el valor de la obra de Mohidin: en Mohidin pueden hallarse explicados mil puntos de la filosofía luliana que sin el conocimiento del *Alfotuhat* no pueden comprenderse, y que á no dudarlo, han sido la causa principal del descrédito y abandono en que cayó el lulismo al ofrecerse sin una explicación siquiera somera en algunas ocasiones. Un ejemplo es el caso que va á ocuparnos.

En la obra de Lull, *Lamentacio philosophiæ contra averroistas,* aparece estampado el siguiente grabado, sin explicación alguna, grabado que, como se ve mirándolo detenidamente, es un *recuerdo* del adjunto que aparece en el *Alfotuhat,* de Mohidin (2)

(1) En Barcelona se publica una *Revista luliana* dirigida por algunos sacerdotes (está en el año V de su publicación), que adolece de este prejuicio ¡naturalmente! Es el mismo que ha llevado á traducir el famoso *libro del amigo y del amado*, de esa manera que indignaba justamente á nuestro gran Montolíu. (Véase la revista *Estudios Teosóficos*, 1892.)

(2) Los dos grabados no son precisamente como están aquí. Es natural. Son más imperfectos, y el de Mohidin tiene las inscripciones en árabe. Yo lo he *traducido* gráficamente para popularizar esta indagación. En el estudio del Sr. Asín se da un facsímil de cada uno, y allí pueden verse, pudiendo apreciar la evolución del gráfico.

y que el filósofo murciano utiliza para explicar la posibilidad de las existencias. Es *el círculo de las posibilidades* y cuya explicación es la siguiente:



EL CÍRCULO DE LAS POSIBILIDADES

SEGÚN

MOHIDIN (1165-1245) — R. LULL (1235-1315)

La Verdad es luz pura; el absurdo es pura obscuridad; ésta jamás se convierte en luz, así como tampoco la luz se transforma en tiniebla.

«La criatura está colocada entre la luz y la obscuridad, es un crepúsculo *(barzaj)*, que esencialmente no puede definirse ni por la obscuridad ni por la luz, siendo como es una mezcla de ambos, el término medio de esos dos precisos términos.»

Más adelante prosigue su explicación:

«Conocer lo posible es el océano de la ciencia, mar extensísimo cuyas hinchadas olas hacen zozobrar la débil barquilla de la mente humana; mar, en fin, cuyas orillas no son otras que aquellos dos límites: lo necesario y lo imposible, los cuales no debemos figurárnoslos según se los imaginan las inteligencias incapaces de alcanzar este sublime saber, es decir, como si ambos extremos difiriesen entre sí tan sólo á la manera que difieren la derecha y la izquierda; no es tal el concepto de la distancia que existe entre esos dos límites. Si nos viésemos obligados á imaginarla de algún modo, no encontraríamos forma más adecuada al asunto en cuestión, que compararla al centro de la circunferencia y al espacio comprendido entre ésta y aquél.

»El centro es la Verdad; el vacío exterior á la circunferencia, la nada, ó si se quiere la obscuridad; el espacio comprendido entre el centro y dicho vacío exterior á la circunferencia, lo posible, como por ejemplo lo hemos pintado al margen.

»Hemos tomado como ejemplo el centro, porque éste es la raíz de la existencia de la periferia del círculo, la cual por él

es producida, así como no es producido lo posible sino por la Verdad.

»Si suponemos que del centro salen líneas en dirección á la periferia, todas ellas terminan en puntos, y la circunferencia toda resulta de esta unión de líneas que arrancan del centro. Por esto se dice en el Alcoram: *Alá está tras de ellos como una circunferencia* (LXXX, 20), y en otro lugar: *Alá abraza como una circunferencia todas las cosas* (XLI, 54).

»Cada uno de los puntos de la circunferencia es el término del radio, y su principio es el punto céntrico del cual arranca el radio hacia la circunferencia. Así también Dios es el principio y fin: el principio de toda cosa posible, como el centro el principio del radio.

»Lo que está fuera, excluído del ser de la Verdad, es la nada que no puede recibir el sér.

»Las líneas salientes tienen su principio en Dios y en él tienen su fin, porque á Dios vuelven todas las cosas, y así es, en efecto, ya que la línea no termina, como hemos dicho, sino en el punto, y por tanto, el principio y el fin de la línea puede decirse igualmente que pertenecen á ella, como que no pertenecen. Y esto también es lo que debe afirmarse de Dios, á saber: que él no es las cosas creadas, ni éstas son algo distinto de él. Y por este motivo la línea está compuesta de puntos, sin que de otro modo se la pueda concebir.»

El Sr. Asín advierte aquí que la palabra *punto* empleada en el texto, es la misma que el autor emplea para designar al *punto céntrico* (Dios); y así ni requiere decir que el radio, emblema de la criatura—lo posible—está formado de *puntos* que son el mismo *centro*, emblema de Dios.

Mohidín saca aún más partido del gráfico que utiliza; dice que el mundo es esférico y que Dios es una circunferencia, así hemos salido de él y á él volveremos. Si pudiésemos salir en línea recta no se podría cumplir lo de: «á él habéis de volver.» En suma, toda cosa es una circunferencia que torna á Aquél de quien tomó principio.

Luego observa que:

«El fin de la circunferencia está junto á su comienzo, y es tal la relación que aquélla guarda con su centro, que al paso que ella, por su esencia misma, reclama el centro, éste muy bien puede pasarse sin circunferencia. He aquí una exacta semblanza del fin á que tienden en su ascensión progresiva los séres del mundo, de la necesidad que éstos tienen de Dios y de la independencia de Dios respecto de sus criaturas.»

Esta explicación termina observando que los puntos que constituyen la circunferencia están tan próximos, que es imposible que haya uno entre dos de ellos, y que cada uno puede ser á su vez centro de una circunferencia; y en cuanto á los radios que parten del centro, que no multiplican su esencia y corres-

ponden con todas las puntas de la periferia, porque si así no fuera habría dos centros. «El centro es la causa de la circunferencia, mientras que ésta es la causa de que pueda conocerse su centro. La circunferencia es, por tanto, á un tiempo mismo, la Verdad y la criatura; el centro es igualmente ambas cosas.»

No deja de ser curiosa esta semejanza y esta coincidencia entre uno de los más significados sufis y uno de los más célebres religiosos españoles.

Y nótese por ahora que no se pierde ese racionalismo místico y que desaparece con Raimundo Lull; porque quien siga un poco la historia del pensamiento filosófico en España, verá cómo llega á la cima esta tendencia de explicar racionalmente la teología en Raimundo Sabrende (1436), y cómo, en fin, en otro español, ó por lo menos oriundo de España, halla una sublimación no sólo la teología, sino la misma moral, en un hacer *more geométrico* en Benito Spinoza.

Rafael URBANO

Notas, Recortes y Noticias.

Un monstruo. La prensa mundial ha referido minuciosamente un suceso que ha producido verdadera impresión en todas partes.

Se trata del nacimiento de un monstruo en Catanzaro. He aquí cómo lo ha referido uno de nuestros periódicos:

Una mujer del pueblo se encontraba embarazada, y durante el puerperio experimentó fenómenos extraños, que llenaron de alarma á su familia y de confusión al médico que la asistía.

El parto fué laboriosímo, estando á punto de morir la infeliz entre horribles dolores.

La estupefacción de los parientes de la mujer fué tremenda, al observar que la hija dada á luz por ésta no tiene figura humana.

Trátase de un pequeño monstruo de dos cabezas, cuyos hombros son negros y aparecen completamente cubiertos de pelo.

Los pies de este fenómeno son iguales á los de los caballos.

Sus manos semejan garras, y en lugar de dedos tienen formidables uñas.

La madre, al ver á su hija, hizo un gesto de horror, desvaneciéndose.

El médico avisó á sus colegas, que, llenos de asombro ante la niña monstruo, no sabían cómo explicar fenómeno tan estupendo.

La extraña recién nacida murió á las pocas horas.

De muchos pueblos de los alrededores de Catanzaro acuden á verla gentes de todas las clases sociales.

Infinidad de hombres de ciencia llegan también con objeto de estudiar caso tan extraño.

La singular criatura ha sido reclamada por el Museo Anatómico de Nápoles.

La madre, á consecuencia del terrible parto y de la impresión que le causó la vista de su hija, se encuentra gravísima.

Lo más curioso del caso es que, según refiere un periódico italiano, sobre la pobre madre del monstruo pesaba una maldición paterna que tristemente se ha cumplido.

El origen de la vida. La idea de la generación espontánea ha sido rechazada desde luego por todo el mundo académico oficial, desde que se conocieron los experimentos de monsieur Pasteur. Sin embargo, sin que tenga hoy partidarios en las academias, es posible que los tenga muy decididos dentro de poco.

Ha causado alguna sensación la nueva reciente de que se ha descubierto el origen de la vida. La generación espontánea, que había sido completamente puesta en duda por todo el mundo científico desde los famosos experimentos de hace treinta años, se dice que ahora acaba de triunfar. Mr. Burke ha hecho experimentos con algún radium y una gota de agua hervida, y de la muerte pretende que ha producido la vida. Los que cuentan algunos años recordarán que se dijo casi lo mismo hace tiempo, sin que de ello resultara nada de positivo. Ya algunos de los grandes hombres de ciencia han aconsejado la mayor precaución respecto á los citados experimentos. Sir Oliver Lodge y otros hacen presente que no debemos aceptar como hechos probados lo que se da por sentado. Los desengaños sufridos en casos anteriores, hacen que los hombres sean más cautos.

Los rayos X y los rayos N. Recientes experiencias realizadas por el doctor M. Koernicke han venido á demostrar que la obra combinada de los rayos X y de los rayos N del radio ejercen una poderosa acción sobre las plantas, favoreciendo de un modo manifiesto su desarrollo, si bien la privan en cierto sentido de su aroma.

Publicaciones teosóficas. Nuestros hermanos de Holanda acaban de publicar una elegante traducción de la obra de Annie Besant y C. W. Leadbeater, *Las formas del pensamiento (Thought forms).*

La sección italiana publicará en breve una versión de la obra de Th. Pascal, *La sabiduría antigua al través de los siglos.*

Entre nosotros aparecerá también muy pronto, además de *La Guía,* de Molinos y *La vida de Pitágoras,* que tenemos anunciado, la versión del *Apolonio de Tyana,* del meritísimo G. R. S. Mead.

R.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.